

1. Leer – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. Meditar – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. Reza – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. Contempla – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

[1] cf. Intimidad Divina, Vol. I pg. 173

[2] cf. Intimidad Divina, Vol. I pg. 173

[3] Juan Pablo II, Dives in misericordia, 3

[4] cf. La Biblia Navarra: San Lucas pg. 74

[5] CCC 543 [6] Romanos 10:5 [7] Isaías 52:7

[8] Vísperas Martes – Semana I

[9] Liturgia de las Horas – Benedictus (Cantico de Zacarías)

[10] Apocalipsis 22:4-5 [11] Juan 8:33-34

[12] Isaías 49:8 [13] 2 Corintios 6:2-3

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lucas 1:1-4; 4:14-21 pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Lucas 1:1-4; 4: 14-21– Misal Romano

Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribirtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. El iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos. Vino a Nazaré, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor esta sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.»

Lectura Espiritual – Oficio de Lecturas – 3^{er} Domingo Tiempo Ordinario

De la constitución sobre la sagrada Liturgia del Concilio Vaticano Segundo—Cristo esta presente en su Iglesia

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt., 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdotes y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya

eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. En la Liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con El. La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón "día del Señor" o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos». Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico.

Reino de los pobres – Lección y Discusión

“para llevar la buena noticia a los pobres.”

Las lecturas del tercer Domingo hablan del regreso de un reino. La primera lectura viene del libro de Nehemías donde el pueblo de Dios escucha la proclamación de la ley divina después de su regreso del exilio en Babilonia.[1] “El Evangelio nos da otra proclamación de la palabra, mas modesta en su forma externa, pero en realidad infinitamente mas solemne...Jesús abrió el libro de Isaías y leyó – definitivamente no por casualidad – el pasaje que concernía a su misión: “El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres...”[2] “Estas frases, de acuerdo a Lucas (vv. 18-19), son su primera declaración mesiánica. Son seguidas por las acciones y palabras conocidas a través del Evangelio. Por estas acciones y palabras Cristo hace presente al Padre entre los hombres”[3].

¿Por qué se le permite a Jesús Hablar en la Sinagoga? Era costumbre del presidente invitar a alguien que fuera buen conocedor de las Escrituras para abordar una de las lecturas: el libro de la ley, el Pentateuco, y otro de los Profetas. Algunas veces se le permitía a un voluntario dar el discurso, lo que probablemente pasó en el caso de Jesús.[4]

¿Quién es llamado a este reino? *“Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino...Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús...”*[5] Su palabra es la palabra que escuchamos en la lectura del evangelio de hoy cuando lee del libro de Isaías. *El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, a vender los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor.* En el Bautismo del Señor, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma física, ahora se nos dice lo que pasará porque el Espíritu del Señor esta sobre Cristo. ¿Aceptamos las palabras de Cristo dadas abajo?

Jesús traerá la buena noticia – ¿Aceptamos la Buena nueva de Jesucristo, el Evangelio? Podemos leer el Evangelio diariamente como se nos da a través de las lecturas de la Iglesia Católica. Por lo menos estamos obligados a asistir a Misa todos los Domingos y Días Festivos de obligación para escuchar atentamente al Evangelio. Esta buena nueva incrementan en nosotros la virtud teológica de la Esperanza. En un mundo envuelto en noticias tristes, “¡Que bellos son los pies de aquellos que traen buenas noticias!”[6] San Pablo esta citando al profeta Isaías quien dice, ¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz, del que anuncia la felicidad, del que proclama la salvación...”[7]

Proclama la libertad a los cautivos – Jesús libera el cautiverio físico y espiritual. En las intercesiones de la Liturgia de las Horas rezamos, “Tú (Jesús) que al subir al cielo llevaste contigo una gran multitud de cautivos, devuelve la libertad de los hijos de Dios.”[8] ¿Confiamos en Jesús y lo dejamos liberarnos del cautiverio espiritual y físico?

Recuperación de la vista a los ciegos – Jesús, la luz del mundo, nos permite ver claramente. Cuando hemos privado nuestra alma de la luz de Cristo y empezamos a vivir en tinieblas y sombras de muerte, es Jesús mismo nuestra recuperación. Esto es por lo que San Zacarías dice, En la obra de la misericordia de nuestro Dios, cuando venga de lo alto para visitarnos cual sol naciente, iluminando a los que viven en tinieblas, sentados en la sombra de la muerte, y guiar nuestros pasos por un sendero de paz.”[9] Las imágenes de “la sombra de muerte” son poderosas. Si fuéramos caminando en un día soleado y de repente viéramos aparecer la sombra de una persona cerca de nuestra sombra, sabríamos que esa persona estaba cerca de nosotros. Aquellos que viven en la sombra de la muerte, significa que la muerte esta cerca. La humanidad estaba en la “sombra de la muerte”, muerte eterna. Esta muerte eterna o infierno es descrita en los evangelios como oscuridad eterna. Es Cristo quien nos ofrece la luz eterna, la vida eterna. Cada Domingo por la noche en la Liturgia de las Horas se nos recuerda de nuestra recuperación de la ceguera, la esperanza que tenemos de vida eterna y luz. “Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá noche. No necesitarán luz de lámpara ni luz del sol, porque Dios mismo será su luz, y reinarán por los siglos para siempre.”[10]

Libertad a los oprimidos – Este verso concuerda con la libertad a los cautivos. En el evangelio de Juan los descendientes de Abraham (los Judíos) preguntan a Jesús, “¿Por qué dices: ‘Ustedes serán libres?’” Jesús les contestó: ‘En verdad, en verdad les digo: el que vive en el pecado es esclavo del pecado. Pero el esclavo no se quedará en la casa para siempre; el hijo, en cambio, permanece para siempre. Por tanto, si el Hijo los hace libres, ustedes serán realmente libres.’[11] Por nuestro bautismo somos hechos hijos e hijas de Dios. Ahora tenemos un derecho al cielo, y un derecho a permanecer en el hogar de Dios. El hogar de Dios en la tierra es la Iglesia, establecida por Jesucristo mismo; cuando pecamos nos separamos de Cristo y Su Cuerpo la Iglesia. La libertad viene por permanecer en el hogar de Dios, por vivir nuestros votos bautismales de rechazar el pecado y acoger el Evangelio. Somos recordados de este llamado a rechazar el mal y buscar el bien cada Miércoles de Ceniza cuando la ceniza es puesta en nuestras frentes, pero también somos recordados de esta verdad básica en cada Misa, cuando rezamos el Confiteor (“**Yo confieso**”-“**Yo pecador**”) (rechazar el mal, arrepentirnos del pecado) y profesar el Credo (buscar lo bueno, acoger el Evangelio).

Proclamar un año de gracia del Señor – Isaías dice, “Yahvé te asegura: En el momento oportuno te atendí, al día de la salvación, te socorrí...”[12] San Pablo en su carta a los Corintios cita a Isaías y dice, “Este es el momento favorable, éste es el día de la salvación.”[13]